

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

CONFERENCIA INTERNACIONAL ORGANIZADA POR EL CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA 2011

Células madre adultas: la ciencia y el futuro del hombre y de la cultura

12 de noviembre de 2011

Eminencia, queridos hermanos en el episcopado, excelencias, ilustres huéspedes, queridos amigos:

Quiero dar las gracias al cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo Pontificio para la Cultura, por sus cordiales palabras y por haber organizado esta Conferencia Internacional sobre "Células madre adultas: la ciencia y el futuro del hombre y de la cultura". Asimismo, agradezco al arzobispo Zygmut Zimowski, presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, y al obispo Ignacio Carrasco de Paula, presidente de la Academia Pontificia para la Vida, su contribución a este esfuerzo particular. Dirijo una palabra especial de gratitud a los numerosos bienhechores cuyo apoyo ha hecho posible este evento. Al respecto, deseo expresar el aprecio de la Santa Sede por toda la obra llevada a cabo por varias instituciones para promover iniciativas culturales y formativas encaminadas a sostener una investigación científica de máximo nivel con células madre adultas y a estudiar las implicaciones culturales, éticas y antropológicas de su uso.

La investigación científica brinda una oportunidad única para explorar la maravilla del universo, la complejidad de la naturaleza y la belleza peculiar del universo, incluida la vida humana. Sin embargo,

incluso de una sola vida humana nunca se puede justificar por el beneficio que probablemente puede aportar a otra. Sin embargo, en general, no surgen problemas éticos cuando las células madre se extraen de los tejidos de un organismo adulto, de la sangre del cordón umbilical en el momento del nacimiento, o de fetos que han muerto por causas naturales (cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Dignitas personae*, 32).

De ahí se sigue que el diálogo entre ciencia y ética es de suma importancia para garantizar que los avances médicos no se lleven a cabo con un costo humano inaceptable. La Iglesia contribuye a este diálogo ayudando a formar las conciencias según la recta razón y a la luz de la verdad revelada. Al obrar así, no trata de impedir el progreso científico, sino que, por el contrario, quiere guiarlo en una dirección que sea verdaderamente fecunda y benéfica para la humanidad. De hecho, la Iglesia está convencida de que «*la fe no solo acoge y respeta todo lo que es humano*», incluida la investigación científica, «*sino que también lo purifica, lo eleva y lo perfecciona*» (ibíd., 7). De este modo, se puede ayudar a la ciencia a servir al bien común de toda la humanidad, especialmente a los más débiles y a los más vulnerables.

Al llamar la atención sobre las necesidades de los indefensos, la Iglesia no piensa solo en los niños por nacer sino también en quienes no tienen fácil acceso a tratamientos médicos costosos. La enfermedad no hace distinción de personas, y la justicia exige que se haga todo lo posible para poner los frutos de la investigación científica a disposición de todos los que pueden beneficiarse de ellos, independientemente de sus posibilidades económicas. Por consiguiente, además de las consideraciones meramente éticas, es preciso afrontar cuestiones de índole social, económica y política para garantizar que los avances de la ciencia médica vayan acompañados de una prestación justa y equitativa de los servicios sanitarios. Aquí la Iglesia es capaz de ofrecer asistencia concreta a través de su vasto apostolado sanitario, activo en numerosos países de todo el mundo y dirigido con especial solicitud a las necesidades de los pobres de la tierra.

Queridos amigos, al concluir mis consideraciones, deseo aseguraros un recuerdo especial en la oración y os encomiendo a la intercesión de María, *Salus infirmorum*, a todos los que trabajáis tan duramente para llevar curación y esperanza a quienes sufren. Rezo para que vuestro compromiso en la